

MANUEL DE JESÚS ARROYO MONSIVÁIS*

¡Renovarse o morir! Análisis de las condiciones de posibilidad para el surgimiento de las corrientes historiográficas contemporáneas

Renew or die! Analysis of the Possibility Conditions for the Emergence of Contemporary Historiographic Currents

Resumen

El objetivo de este trabajo es realizar un análisis y explicar las posibles causas de emergencia de las corrientes historiográficas contemporáneas. Se proponen tres condiciones de posibilidad para la emergencia de estas nuevas corrientes. En primer lugar, la cuestión teórica, enseguida, la cuestión epistemológica y, en tercer lugar, el contexto social, el cual, vino a traer un denominado "Giro Cultural" a la manera de construir el pasado histórico.

Palabras clave: historiografía, posibilidades, contemporaneidad, historia, conocimiento histórico

Abstract

The objective of this work is to carry out an analysis and explain the possible causes of emergence of contemporary historiographical currents. Three conditions of possibility for the emergence of these new currents have been visualized and proposed. In the first place, the theoretical question, then the epistemological question and, thirdly, the social context, which came to bring a so-called "Cultural Turn" to the way of constructing the historical past.

Key words: Historiography, Possibilities, Contemporaneity, History, Historical Knowledge

Fuentes Humanísticas > Año 34 > Número 64 > I Semestre > enero-junio 2022 > pp. 127-141.

Fecha de recepción 05/02/2021 > Fecha de aceptación 26/05/2022

cano-bola_33@hotmail.com

* Universidad de Guanajuato.

Introducción

Desde que el ser humano comenzó a tener consciencia de sus actos, desarrolló técnicas, métodos y herramientas de subsistencia, encontró lugares para establecerse y moldeó su calidad de vida, pudo dar respuesta a problemas cotidianos, se agrupó en colectividades y fundó pueblos y ciudades que, después, fueron entendidos como culturas y civilizaciones, y finalmente comenzó a desarrollar su intelecto y a cuestionarse el porqué de su existir en el mundo, el porqué de las condiciones de su entorno, el porqué del surgimiento y decadencia de grupos de seres humanos, en fin. Comienza a realizar una primera operación mental la cual lo lleva a posicionarse en varias directrices de su propia existencia.

Desde los tiempos primitivos hasta el presente, el ser humano sigue regido por cuestionamientos que hacen de él un ser pensante y reflexivo de las diversas condiciones y acciones que le tocan vivir en un lugar y momento determinados. Con base en lo anterior, la acción de “preguntarse” se convierte en una condición de cotidianidad que responde a las exigencias más problemáticas, así como a las situaciones más simples que necesita conocer para poder continuar su paso por el mundo, el cual, le ha permitido desarrollar habilidades, actitudes, aptitudes y modos de entendimiento que hacen de su vida un constante aprendizaje.

Esto nos lleva a preguntarnos, ¿cómo es que los seres humanos se comenzaron a cuestionar la necesidad de atrapar y atesorar el tiempo que les estaba tocando vivir o, en su defecto, recordar y hacer vivir el tiempo que ya se les había escapado? Parte de la respuesta la podemos encon-

trar a partir de que Heródoto, considerado como el “Padre de la Historia”, comenzó a escribir las crónicas de las guerras entre griegos y persas conforme realizaba sus viajes, ya que éstas permitirían dejar constancia de lo ocurrido con su pueblo.

¿Dejar constancia de los acontecimientos? ¿Evidenciar el contexto de diferentes épocas que se tornaron conflictivas para la humanidad? ¿La necesidad de tener un “recuerdo” de aquello considerado significativo para un determinado grupo o grupos, los cuales, no quieren dejar que el tiempo borre del transcurso de la vida? ¿Serían éstas, razones suficientes para atrapar el tiempo vivido y que se vuelva vivo en un determinado momento? Es así como desde el presente, los historiadores consideramos necesario destacar la importancia del rescate del tiempo que ya no está, pero que vuelve a hacerse visible a través de preguntas y problemáticas generadas en el ahora y su posible respuesta en el ya fue.

Para la ciencia histórica y para el oficio del historiador, entendiendo esta práctica como una “ciencia del sujeto”, tal como lo concibe Roger Chartier (Dosse, 2012, p. 26), la acción de “preguntarse” confiere y otorga sentido en los ámbitos teórico y epistemológico para la construcción de conocimiento histórico que garantiza la permanencia del pasado en el presente.

Pero ¿de qué manera se hace visible el pasado en el presente? o, mejor dicho, ¿cómo es que el pasado vive y puede ser encontrado desde el presente? La respuesta se encuentra en la importancia de la narración, de lo escrito, del discurso que da pie a entender que, de esta manera, es como podemos atrapar el tiempo y hacerlo vivir para la posteridad.

La historiografía puede entenderse como un trabajo que complementa a la disciplina histórica a partir del ámbito de su interpretación. Ella se ha encargado de apropiarse de las herramientas, modelos, técnicas y teorías para que la construcción del pasado, a través del discurso, pueda adquirir y contener el rigor científico y metodológico que la Historia ha logrado a partir de su elevación como una disciplina científica a partir del siglo XIX.

Conforme ha avanzado el tiempo, las maneras y formas en las que se ha realizado la construcción de conocimiento histórico han cambiado y/o se han modificado. En la contemporaneidad, estas "mutaciones" en la forma de acercarse a la construcción histórica, también han ido adquiriendo nuevas o renovadas metodologías, teorías y cuestiones contextuales que han permitido el surgimiento de nuevas corrientes de interpretación histórica.

Con base en lo anterior, el objetivo de este trabajo es realizar un análisis y explicar las posibles causas de emergencia de las corrientes historiográficas contemporáneas. Tomando como base algunos textos que fueron analizados y se centran en la explicación de la emergencia de estas nuevas corrientes historiográficas, se han visualizado y se proponen tres condiciones de posibilidad para la emergencia de estas nuevas corrientes. En primer lugar, la cuestión teórica, enseguida, la cuestión epistemológica y, en tercer lugar, el contexto social, el cual, vino a traer un denominado "giro cultural" (Aurell y Burke, 2012, p. 337).

Con base en ellas, se tratará de analizar las distintas concepciones realizadas por varios autores respecto a cada condición de posibilidad que han sido propues-

tas para el abordaje de este trabajo y, así, poder realizar un diálogo entre cada una de estas posturas y explicar, de una manera cronológica, la madurez adquirida por la disciplina histórica en cada periodo de emergencia a través de lo teórico, lo epistemológico y lo contextual-cultural. También, considero necesario realizar una explicación final respecto a cuál es el lugar que ocupan en la actualidad las corrientes historiográficas contemporáneas, y la posición del oficio del historiador como parte de una reflexión sobre su práctica, la cual, en ciertas condiciones, puede ser la manera en la que se renuevan o surgen nuevos modos de interpretar el pasado histórico.

La cuestión teórica en la creación de nuevas interpretaciones históricas contemporáneas

En la contemporaneidad, la construcción del discurso histórico ha abordado temáticas, problemáticas, situaciones y contextos que alrededor de 50 o 60 años atrás se hubiesen tornado inimaginables para el estudio de la historia. La necesidad de dar a conocer los nuevos problemas que aquejan a la sociedad, así como dar respuesta a conflictos llevados a cabo por minorías sociales que merecen atención y espacio dentro de un mundo totalmente convulsionado, han modificado el escenario historiográfico en su cuestión teórica, epistemológica y contextual. Tal como lo apunta Guillermo Zermeño:

[...] la historiografía contemporánea se ha convertido en un inmenso baúl de curiosidades, de relatos e investigaciones

dedicados a sorprender y asombrarnos con todas aquellas cosas que ignoramos del pasado o simplemente ni imaginábamos que hubieran podido suceder, muchos de ello sin duda de gran interés (Zermeño Padilla, 2014, p. 348).

En ese sentido, la disciplina histórica y la forma de dar a conocer ese discurso realizado a través del ejercicio del historiador, han experimentado diversas transformaciones, modificaciones y renovaciones en sus postulados, en este caso, teóricos, para adaptarse a las nuevas necesidades académicas, intelectuales y, sobre todo, para posicionar en un mejor lugar a la ciencia histórica frente a las demás ciencias sociales que, sin duda, han sido a la vez antagonistas y motivos de fractura o discordias dentro de la propia disciplina.

Posicionémonos entonces alrededor de la segunda mitad del siglo xx, en donde la denominada *posmodernidad*, concepto que utilizó por primera vez Jean François-Lyotard en 1979 (Aurell y Burke, 2013, p. 288), comenzaba a proporcionar otras consideraciones teóricas que traerían como consecuencia la renovación de la construcción de la obra histórica y que, a partir de ese momento, podemos considerar que la disciplina y el trabajo del historiador, comenzaron a tener una serie de transformaciones importantes que darían como resultado el nacimiento de nuevas corrientes historiográficas para la interpretación y comprensión del pasado.

El llamado *posmodernismo* influyó de una manera significativa en el proceso de maduración de la Historia. Este no era considerado como una corriente intelectual afianzada alrededor de la década de los años 60 y 70, sino constituía una serie de "epistemologías y metodologías"

(Aurell y Burke, 2012, p. 288) que tenían como objetivo principal el alejar a la historia de los métodos científicos y experimentales a los cuales estaba arraigada con anterioridad.

Los postulados teóricos de la disciplina histórica que se desarrollaron en el posmodernismo fueron insertándose en el entendido de posicionar esta nueva forma de concebir tanto el tiempo en general como el de la construcción de conocimiento, a partir de la superación y reacción de la historia posmoderna ante las corrientes historiográficas anteriores, por ejemplo, la historia socioeconómica, la historia serial, la historia social, la historia cuantitativista o la historia económica.

Esta renovación en los postulados teóricos que se desarrolló durante los años 60 y 70, consideraba que el ejercicio de la construcción del conocimiento histórico meditará un viraje que trascendiera lo intelectual para acercarse a lo vivencial, con ello, se estaría alejando definitivamente de las teorías de la Ilustración explicadas por Georg Iggers.

Como resultado de lo anterior, las corrientes historiográficas, propias del posmodernismo, consideraron un abordaje teórico enfocado en una expansión de las temáticas que venían con la *voz cantante*, por ejemplo, todo aquel lenguaje creado por la escuela de los *Annales* como: historia de las mentalidades, psicología histórica, historia social de las ideas, historia sociocultural, etcétera (Chartier, 1992, p. 14), el cual, se vio reflejado en una serie de puentes construidos a partir del diálogo con otras ciencias sociales pujantes en los años setenta.

¿En qué se puede sustentar este nuevo enfoque teórico considerado más "extenso"? La respuesta la podemos encontrar

en el hecho de que los referentes teóricos del posmodernismo de la época de los años 70 no pertenecían propiamente a la disciplina histórica, sino que estos teóricos fundamentalmente eran “filósofos, antropólogos y críticos literarios de la tradición francesa” (Aurell y Burke, 2013, p. 296).

Con base en ello, las ciencias sociales, así como la disciplina histórica, comienzan a dar un vuelco hacia la primacía del lenguaje, los códigos y los símbolos. Ellos se verán reflejados en los postulados teóricos que renovarán la forma de la construcción del conocimiento histórico, dejando atrás lo que se venía trabajando de una manera tradicional y convencional, debido a que, según Roger Chartier, este nuevo lenguaje creado por la tradición francesa dejaba sin utilidad las designaciones tradicionales como: la historia de la filosofía, la historia literaria, la historia del arte, etcétera. (Chartier, 1992, p. 13)

El reto ya estaba planteado a partir de que, en la posmodernidad de las ciencias sociales, así como de la Historia durante los años 70, podemos entender que se consideró necesario unir lazos teóricos y postulados intelectuales para hacer frente a un nuevo horizonte de expectativa (Koselleck, 1998, p. 118) que se estaba planteando a partir de la superación de la tradición anterior por parte de historiadores y teóricos provenientes de la sociología, la psicología y la antropología. En ese sentido, Iggers constataba esta visión a partir de la publicación de una de sus más grandes obras: *De la objetividad científica, al reto posmoderno* (2012). Tomando en consideración el título de la obra de Iggers, la condición teórica posmoderna iba más allá de superar las condiciones científicas de la historia para darle cabida a nuevas interpretaciones a través

del uso de postulados de las ciencias sociales que, en un principio, se consideró que eran sus *más temibles* enemigas (Chartier, 1992, p. 60).

El diálogo de la Historia con las ciencias sociales desencadenó una nueva perspectiva que llevó a considerar el discurso más que la estructura. Así mismo, la reacción frente a la historia económica y social se dio a través del uso de los postulados de la antropología, la cual, va a traer una renovación en la forma de abordar el pasado histórico, y en donde diversos actores desarrollarán herramientas teórico-metodológicas para aproximarse, de una manera concreta, al desarrollo de la construcción histórica que reivindica y tiene una relación más estrecha con las cuestiones culturales (Aurell y Burke, 2013, p. 290).

Los ejemplos más característicos que se tienen del surgimiento de nuevas corrientes historiográficas relacionadas al cambio y planteamiento de nuevos postulados teóricos, los tenemos presentes en los denominados “giros”, en este caso, el “giro antropológico” y el “giro lingüístico”. En el caso primero, el “giro antropológico” comienza a tener una mayor vitalidad a partir de la década de los sesenta, que es cuando practicantes, pertenecientes a una u otra dimensión correspondiente a la antropología, empezaron a influir de una manera importante en la disciplina histórica. En palabras de Zermeno Padilla se comenzó a vivir una renovación en la escritura científica de la Historia que ya no correspondía con el código de la oralidad, sino ahora comulgaba con la escritura, es decir, con el discurso, con aquello que diera cuenta de las prácticas sociales y de la comunidad (Zermeno Padilla, 2014, pág. 357).

La Historia comenzó a nutrirse de la antropología estructural, filósofos relacionados con el psicoanálisis, la antropología postestructural y, por último, la que es considerada como una de las más recientes, que sigue influyendo en el desarrollo del discurso histórico, la llamada antropología simbólica (Aurell y Burke, 2013, p. 292). En este mismo tenor, para los años 80, la antropología simbólica se había convertido en una de las mayores directrices a las cuales la disciplina histórica había apostado de una manera clara y segura. A raíz de ello, exponentes como Natalie Z. Davis, Carlo Ginzburg, Peter Burke, Robert Darnton y Simon Schama otorgaban sentido a este "giro antropológico" a través de estudios como: vida ritual en las sociedades de la Edad Moderna, la cultura popular, las fiestas, las ceremonias, los cultos populares, sólo por mencionar algunos.

En segundo plano, el denominado "giro lingüístico" aporta una serie de renovaciones a la disciplina histórica en donde el discurso, los símbolos y el maridaje que se va a desencadenar a través de la implementación de los códigos de significado, conseguirá una nueva manera de interpretación de los procesos sociales.

Esta nueva corriente que comenzó a utilizar la disciplina histórica a partir de los años 70, partía del hecho de considerar el cuestionamiento de la creencia meramente tradicional de que una investigación histórica racional nos permitía llegar a un conocimiento auténtico del pasado. Con ello, la importancia de las palabras dentro de la narración histórica que adquiere un lugar importante en la construcción de conocimiento histórico y, a partir de ahí, el conocimiento racional del que

partía dicha corriente va a sustentarse por esta acción (Aurell y Burke, 2013, p. 304).

De esta manera, la historia cultural parece estar al alza: en parte, porque ha sido la más receptiva a las ideas de la antropología; debido a que tenía grandes pretensiones sobre el terreno que iba abarcando a partir del enfoque adoptado por la Historia; y, por otro lado, porque era la que más se había beneficiado del cambio de interés por la explicación hacia el de la comprensión (Cannadine, 2002, p. 47).

A partir de lo expuesto con anterioridad, la cuestión teórica es un referente importante dentro del desarrollo de nuevas corrientes historiográficas dentro de los años 60, 70 y 80. Esto no quiere decir que después de estos años la disciplina histórica no siguió en constante renovación a partir de sus postulados teóricos, sino que queremos exponer, en el siguiente apartado, cómo es que la cuestión epistemológica y reflexiva, tomadas como condiciones de posibilidad para la emergencia de las corrientes historiográficas contemporáneas, fueron ganando terreno después de esta primera renovación de la disciplina.

Reflexividad del historiador en la construcción de conocimiento histórico contemporáneo. Una cuestión epistemológica

A partir de los años 80, la disciplina histórica comenzó a ver alterados sus postulados teóricos, respecto a la renovación que se generó a partir de los años 60 y 70. Aquellas nuevas interpretaciones históricas y el surgimiento de los denominados "giros", pusieron en tela de juicio el desa-

rollo de la disciplina histórica y su lugar dentro del espacio social, así como enfrentarse, en determinada manera, por una hegemonía o una "sana convivencia" con las ciencias sociales.

Lo sucedido a partir de los años 80 ha sido cuestionado por varios intelectuales de diferentes disciplinas afines a las ciencias humanas. Sin embargo, la denominada "crisis de la historia", llamada así por François Dosse (Dosse, 2012, p. 18) y por Peter Burke y Jaume Aurell (Aurell y Burke, 2013), así como un posible "cambio de paradigma", concepto que fue manejado por Roger Chartier (Chartier, 1992) o, en su defecto, un denominado "revisiónismo", concepción utilizada por Guillermo Zermeño (Zermeño Padilla, 2014), pusieron a la ciencia histórica y al trabajo del historiador en un punto en donde, con urgencia, se necesitaba reflexionar, pensar, renovar, cuestionar y revisar los diversos modos en los que se estaba llevando a cabo la construcción del conocimiento histórico ante una situación que no era favorecedora para la Historia ni para las ciencias sociales.

Con ello, otra de las condiciones de posibilidad que se propone para el entendimiento y surgimiento de las corrientes historiográficas contemporáneas es el hecho de esta posible "crisis de la historia", "cambio de paradigma" o el llamado "revisiónismo" que se comenzó a generalizar de una manera importante en la disciplina histórica y en las ciencias sociales a partir de los años 80. Con base en esta postura reflexiva en la que se situó la Historia, este cuestionamiento del trabajo del historiador a partir de los modos y formas de elaborar el discurso histórico llevó a que la misma disciplina experimentara una nueva manera de construcción histó-

rica, en este caso, dentro del ámbito epistemológico y metodológico.

Una de las características importantes, y en las que varios autores coinciden, es el hecho de que la "crisis de la historia" tiene su fundamento a partir de la pérdida de seguridad que la sociedad experimentaba en relación con las concepciones teleológicas o de los postulados científicistas del historicismo decimonónico o de los paradigmas de posguerra (Dosse, 2012) y (Aurell y Burke, 2013).

Esta condición comenzó a repercutir de una manera interesante en los contenidos teóricos que se habían desarrollado con anterioridad a los años 80. Esta reflexión desencadenó un "giro crítico", un "giro reflexivo" o un "giro historiográfico", en donde la pregunta central consistió en saber qué era lo que estaba ocurriendo con el presente y qué pasaría con el porvenir de la disciplina histórica (Dosse, 2012, p. 25).

Las dudas metodológicas y epistemológicas comenzaron a hacerse presentes en el ámbito de las ciencias humanas y, sobre todo, en los historiadores en particular. A partir de ello, Zermeño nos explica que:

[...] la historia como disciplina académica está inmersa en un periodo de revisión y transformación de muchas de las categorías de análisis, formas de narrar y periodizar que han dado sustento y que han estructurado sus formas discursivas construidas principalmente a partir del siglo XIX. Para muchos, es verdad, ese "revisiónismo" no significaría más que la destrucción de la historia o el fin de la historia tal y como se ha venido conociendo y practicando (Zermeño Padilla, 2014, p. 349).

No es que la historia fuera a desaparecer o que hubiese llegado a su fin en la década de los años 80. Sino que consideramos que las mutaciones de las corrientes historiográficas corresponden a una cuestión tanto teórica, epistemológica y contextual que necesitaban ser llevadas a otro plano de la realidad de la que se estaba viviendo, debido a que los postulados y teorías anteriores a los años 80 ya no tenían cabida para realizar una construcción del pasado histórico acorde a las nuevas exigencias sociales, cambios políticos y de régimen que se estaban experimentando a nivel mundial y que repercutían en la manera en cómo los historiadores estaban elaborando su trabajo hasta ese momento.

Entonces, ¿cuáles factores estaban siendo considerados como “detonantes” para que se pudiese llevar a cabo esta “crisis de la Historia”? Aurell y Burke (2012) nos señalan que la crisis de la disciplina histórica tiene dos raíces: una era considerada como la “amenaza” del relativismo que ponía en duda la posición del conocimiento histórico de una manera objetiva; y, dos, la desorientación de la disciplina histórica al buscar un lugar dentro de las ciencias sociales al apostar por un lenguaje más humano, propio de esas ciencias, que un lugar científico, propio de las ciencias experimentales.

¿Qué aspectos se pueden tomar como positivos a partir de la supuesta “crisis de la historia” sucedida en la década de los años 80? En primer lugar, el hecho de que el historiador comenzara a plantearse preguntas sobre su ejercicio ya es una acción considerable. ¿Por qué? A partir de su reflexividad, él mismo descubre cuáles son los elementos epistemológicos que se pueden cambiar para estar en contexto con las nuevas situaciones académicas, so-

ciales y políticas por las que estaba atravesando su entorno intelectual.

En segundo lugar, dentro de este mismo proceso reflexivo, el historiador tiene que darse cuenta de que, en ese momento, se debe dar una prioridad importante al hecho de pensar en la historicidad misma de su trabajo y de la historicidad de toda categorización de las realidades del pasado. Lo cual, va a llevar al historiador a una interrogación más ambiciosa de la epistemología e historiografía y con más desafíos que antes (Dosse, 2012, p. 34). Lo anterior puede traducirse en que a partir de los años 80, el historiador comenzó a preocuparse por redefinir la disciplina histórica y su relación social con el tiempo, lo que lo llevó a construir nuevos contenidos epistemológicos para poder llevar a cabo la generación de conocimiento histórico en un momento de reflexión y de preocupación por el lugar que ocupaba la historia en la sociedad frente a las demás ciencias sociales.

Con base en la supuesta o llamada “crisis de la Historia”, “revisiónismo” o “cambio de paradigma” que permitió al historiador de los años ochenta reflexionar acerca de su práctica y de su proceder ante la disciplina histórica, consideramos importante señalar dos vertientes que dieron paso al surgimiento de nuevas corrientes historiográficas y que se formularon a partir de este proceso reflexivo.

En primer lugar, queremos destacar la condición de verdad a través de la narración o, en su defecto, de la importancia de las formas de comunicar la verdad de una época a otra teniendo énfasis en la narrativa. Este planteamiento es tratado por Guillermo Zermeño, el cual, ya hemos utilizado para contextualizar y dar pie al ejercicio de este trabajo. Sin embargo, es

una cuestión interesante la que éste intelectual maneja, debido a que a partir de que en los años 80, retomando los postulados realizados por Thomas Kuhn, la Historia de la Ciencia viene a desplazar a la Filosofía de la Ciencia donde:

[...] este desplazamiento consistió en el reconocimiento de que la verdad de los hechos observados no depende exclusivamente de su descripción exacta, sino, sobre todo, de la forma en que se inscriben en una narración (Zermeño Padilla, 2014, p. 352).

Zermeño nos indica que, con este desplazamiento teórico entre la Historia y la Filosofía,

[...] la pregunta teórica clásica sobre la naturaleza científica de la explicación histórica se traslade al problema de la investigación acerca de la función de la explicación de la configuración narrativa del discurso histórico (Zermeño Padilla, 2014, p. 352).

Con base en esto, podemos concebir que si se buscaba cierto "humanismo" a través del alejamiento de la postura científicista de la cual provenía la tradición del siglo XIX y, también, de las formas en las que se comenzó a escribir la historia en los años 60 y 70, la disciplina histórica encontraría, de nueva cuenta en la narración, una forma de poder reinventarse y formular condiciones epistemológicas basadas en principios científicos tales como los de la verdad a partir de la importancia de la narración, esto, como parte fundamental de la construcción de sentido del pasado y discurso históricos.

Y, en segundo lugar, esta reflexividad por parte del historiador tiende a desembocar en un panorama donde el ejercicio de la disciplina histórica va enfocándose hacia la singularidad de los acontecimientos en su parte de irreductibilidad, de indecibilidad, de novedad.

Tomando como referencia la cuestión de la verdad a través de la narrativa y de la singularidad de los acontecimientos, la historia fue desarrollando nuevas maneras de construcción de conocimiento histórico. Un ejemplo de ello es el retorno al género biográfico o, en su defecto, el surgimiento de los microrrelatos como historias en donde por medio de la narrativa, esas singularidades cobran relevancia insertándose también dentro del ámbito cultural que tendrá una participación importante para el desarrollo de nuevas corrientes historiográficas desde los años 80 en adelante.

El compromiso reflexivo por parte del historiador a través de esta "crisis de la Historia", hizo que los contenidos epistemológicos y metodológicos tuvieran que renovarse y adaptarse a las condiciones que estaban atravesando, en general, las ciencias sociales y la historia. Paradigmas científicistas y la importancia de la narrativa como una condición de verdad para la elaboración del discurso histórico, comenzaron a generar diversas apropiaciones en las maneras en que el historiador estaba realizando su trabajo. Esto permitió una renovación de lo que anteriormente estaba siendo manejado por la historia, lo que llevó a un resurgimiento de esta a través de la condición social de la disciplina histórica con el tiempo y, también, del ejercicio del historiador y su perspectiva de presente y futuro.

El anclaje social y temporal que trae como consecuencia el proceso reflexivo del historiador a partir de los años 80, permitirá que las nuevas corrientes historiográficas tiendan a decantarse hacia las situaciones culturales que llevarán un nuevo “giro” en la manera de realizar la construcción de conocimiento histórico.

El “giro cultural”, “la renovación desde dentro” y la importancia del contexto para el surgimiento de nuevas corrientes historiográficas

A lo largo de este trabajo, hemos analizado y explicado cómo es que la disciplina histórica ha renovado sus modelos teóricos, así como los epistemológicos y metodológicos, a partir de una serie de condiciones de posibilidad que dieron cabida a este tipo de transformaciones en la manera de llevar a cabo la generación de conocimiento histórico durante la segunda mitad del siglo xx. Estas renovaciones y transformaciones permitieron el desarrollo de corrientes historiográficas que fueron posicionándose con base en el contexto que les estaba tocando vivir, ya fuese académico, político, intelectual o social.

Años como los 50, 60, 70 y 80 fueron importantes puntos coyunturales que permitieron a la historia alejarse de los postulados cientificistas del historicismo del siglo xix, así como de las grandes escuelas de producción histórica y de la visión teleológica que aún reinaba después del periodo de entreguerras. La historia misma se encargaba de adaptar a las condiciones contextuales del ámbito intelectual que le iba tocando vivir, con el objetivo

de poder legitimarse, de una manera sólida, como una ciencia encargada de la recuperación del pasado que pudiera diferenciarse de las demás ciencias sociales que estaban generando en ella una llamada “crisis de identidad” alrededor de los años ochenta (Aurell y Burke, 2013, p. 307) y que se veía reflejada en los procesos reflexivos de la disciplina.

Con la renovación de los postulados epistemológicos y metodológicos que se desarrollaron alrededor de los años 80, esto como una respuesta por parte de los historiadores ante la denominada “crisis de la historia”, el resurgimiento de la importancia de la narrativa para la construcción del discurso histórico, y de la atención por parte de los historiadores a las singularidades de los acontecimientos, permitió abrir la brecha de otra nueva renovación en la manera de hacer historia que se vio orientada al surgimiento o, mejor dicho, en el resurgimiento de viejas maneras de hacer historia.

Pero, a partir de los años 80 y 90, comienzan a suceder una serie de cuestiones económicas, políticas y sociales que vienen a fortalecer el reformulamiento de esta nueva manera de realizar la construcción del conocimiento histórico. Aparecían en el mundo de las humanidades el auge creciente de los llamados géneros canónicos: memorias, autobiografías, biografías, diarios íntimos, correspondencias, etcétera. Lo hacían también sus diversas hibridaciones en los medios: *talk shows*, *reality shows*, *docudrama*, etcétera. Se sumaba también “el retorno del sujeto” en las ciencias sociales, que atenuaban su pulsión cuantitativa para dar primacía a la voz y al relato vivencial de la experiencia, junto al auge de la historia oral y el interés

en reconocidos académicos por escribir autobiografías más o menos intelectuales (Arfuch, 2018, pág. 11).

Para dar conclusión a este trabajo, otra de las condiciones de posibilidad que se propone para el surgimiento de nuevas corrientes historiográficas contemporáneas, corresponde al hecho de que la situación contextual de los años 80 y 90, influyó de una manera importante en las visiones que tenían los historiadores en la recuperación del pasado histórico. Aunado a ello, el surgimiento de nuevos actores y nuevas problemáticas demandaban a la historia explicaciones históricas para su comprensión y entendimiento.

La llamada "renovación desde dentro" fue otro de los aspectos que llevó a la disciplina histórica a replantearse la manera de la construcción del discurso histórico. Y, por último, consideramos importante destacar el hecho de que a partir de la renovación epistemológica que desembocó en el retorno de la narrativa y en la atención a las singularidades de los fenómenos históricos, la cuestión cultural parece ser para la Historia una de las mejores aliadas para dar otro "giro" a la manera de llevar a cabo el ejercicio del historiador, ya que con la fusión de la historia cultural y la historia social, se conjunta todo un ámbito que antes estaba relegado por las condiciones contextuales y metodológicas de la propia disciplina (Aurell y Burke, 2013, p. 310).

En primer lugar, es necesario puntualizar que para el surgimiento de estas nuevas corrientes historiográficas que van a desarrollarse a partir de los años 90, el contexto mostró un panorama que en años anteriores había podido ser algo inimaginable. Ya lo mencionaba Guillermo Zermeño con base en los nuevos textos

históricos que han circulado a partir de esos momentos:

Son textos y relatos sin duda fascinantes por la novedad y el enfoque crítico que, en muchos casos, nos obligan a modificar y revisar nuestras concepciones del pasado o de las formas en las que se ha querido entender un periodo o un fenómeno determinado y que responden sin duda también a nuevas sensibilidades y atmósferas culturales de nuestros presentes (Zermeño Padilla, 2014, p. 348).

Pero, no sólo los textos eran los fascinantes. Sino las cuestiones que surgieron a partir de dicha década. Nuevos tipos de conflicto, basados en el género, identidad étnica, la religión o la orientación sexual llegaron a parecer situaciones más urgentes y demandaban nuevos tipos de explicación histórica. Por otro lado, el modelo de causalidad con la que la mayoría de los historiadores comulgaron durante mucho tiempo, en donde la economía influía en la sociedad, y la sociedad influía en la política, ya no era adecuado por más tiempo. Se borraban las líneas de demarcación de la posguerra a partir del colapso del comunismo en la Unión Soviética y en Europa del Este en 1989-1990.

Como ya se había mencionado, se habían venido abajo los grandes modelos teleológicos y, por último, pareciese que estos factores dieron otra "nueva crisis" a la historia, la cual, de nueva cuenta, volvió a reformular sus postulados teóricos y metodológicos, pero, ahora, adaptándolos a partir de las nuevas necesidades sociales (Cannadine, 2002, p. 35).

Con base en los "giros" lingüístico y antropológico que fueron analizados anteriormente, la disciplina histórica estaba

considerando desarrollar una nueva manera de recuperación del pasado histórico, en este caso, un “giro cultural” (Aurell y Burke, 2013, p. 330). Ésta tercera vía proponía una especie de síntesis entre el viraje de la historia de las mentalidades y el viraje lingüístico de la nueva historia narrativa.

A partir del retorno de la nueva historia narrativa, las tendencias relacionadas con la historia cultural comenzaron a sobresalir sobre el resto. La narración de lo singular trajo como acompañamiento los matices que permitían descubrir su relación con los aspectos más esenciales de la cultura a la que pertenecía su contexto. Mientras que el eclecticismo del que se rodeaba este nuevo “giro cultural” a partir de sus referentes intelectuales, le permitió a esta “tercera vía” dotar de una enorme capacidad de aglutinación y de consenso epistemológico a la nueva manera de escribir la Historia. Sin embargo, este “giro cultural” iluminó los modos de comunicación, la circulación de las ideas y las prácticas y acción del individuo, que siempre atiende al significado (Rubín, 2002, pág. 149) y que se reflejó en la historiografía, una historiografía más amplia, que abarcaba más allá de lo que era tradicional en los años 80 y 90.

Por último, la llamada “renovación desde dentro” vino a hacerse presente a partir de que el resurgimiento de los métodos narrativos adquiere un posicionamiento, el cual, corresponde a un procedimiento adecuado a través del cual la Historia ha conseguido no sólo recuperar la conexión con el lenguaje del pasado, sino también con el lenguaje del presente, haciéndola más referencial y comprensible (Aurell y Burke, 2013, p. 322).

Estas nuevas corrientes historiográficas que van a surgir de una “renovación desde dentro” de la propia disciplina, también tendrán una “recuperación renovada” de las corrientes historiográficas más tradicionales. En sí, las llamadas “nuevas nuevas historias” proponen un acercamiento más poliédrico de la realidad, basado en un concepto más amplio de cultura.

De la misma manera, estas corrientes historiográficas se enfocarán en la recuperación del relato y de la narración histórica, en el énfasis de los sujetos históricos sobre los objetos, y una apropiación de carácter mayoritario al propio fenómeno histórico a partir de elementos que se habían dejado de lado como la historia oral, la evidencia de las imágenes, los vestigios arqueológicos, o los documentos inquisitoriales (Aurell y Burke, 2013, p. 326).

Esta nueva renovación de la disciplina histórica a través de estas tres condicionantes propuestas para la explicación y análisis de las mismas, las podemos ver reflejadas a través de ejemplos como:

- a) la nueva historia narrativa y la microhistoria, en donde el objetivo principal de esta corriente es reivindicar y recuperar el relato, dando así paso a la revitalización del género biográfico;
- b) la nueva historia política, la cual trabaja la incorporación de los aspectos culturales como factores fundamentales en la explicación del cambio sociopolítico, metiéndose de lleno en la dimensión cultural a través del mundo del poder y resistencia, autoridad y legitimidad, orden y obediencia, discursos políticos, los mitos, los

símbolos, la identidad, las imágenes (Pedersen, 2022, p. 79), sólo por mencionar algunos y;

- c) la historia de la religiosidad, en donde nuevos temas como la muerte, las lecturas, la infancia, la piedad popular, el purgatorio, la marginación, etcétera, además de la descristianización y secularización que se ha llevado a cabo de una manera reciente en el mundo occidental, ha llevado al éxito a esta nueva corriente historiográfica, (Aurell y Burke, 2013, p. 328) aunque es posible que la Historia Política, ahora en el siglo XXI, parece estar lista para ocuparse de aquellas plurales sociedades en donde la religión es un tema central, haciendo que este “giro cultural” se amplíe aún más (Hufton, 2002, p. 148).

No quiere decir que a partir de la cuestión contextual de los años noventa, la “renovación desde dentro” y el “giro cultural”, únicamente hayan impactado en el resurgimiento de la historia social, la historia política, la historia religiosa, la historia cultural, la historia de género, la historia intelectual, etcétera, sino que ese impacto y esa reflexión de las disciplinas históricas dio cabida al surgimiento de otras corrientes historiográficas que con el tiempo se irían posicionando como las que mayor respuestas darían a interrogantes tradicionales y actuales como: la historia social del lenguaje, la historia de la vida cotidiana, la “historia desde abajo”, la historia de la cultura material, la historia de la comida, la historia del cuerpo, la historia de los libros y de la lectura, la historia de los sentidos y las emociones, la historia de gé-

nero y los estudios subalternos, por citar algunas. En pocas palabras, esta tercera condición de posibilidad que proponemos para el surgimiento de las corrientes historiográficas contemporáneas complementa a las dos revisadas anteriormente como un conjunto de reflexiones que abrieron la puerta para que nuevas maneras de escribir la historia imperen en el quehacer del historiador desde mediados del siglo XX hasta nuestros días.

A manera de conclusión

La cuestión teórica, epistemológica y la contextual-cultural fueron parte de un ejercicio para poder comprender que, a partir de estas condiciones de posibilidad, la historiografía contemporánea ha pasado por diversos estadios de renovación y reflexión en la forma de construir el discurso histórico desde mediados del siglo XX hasta nuestros días.

Por otro lado, no sólo se analizó cómo fue que se dieron estos procesos durante toda la segunda mitad del siglo XX, sino que, intrínsecamente, se pudo vislumbrar cómo es que la misma disciplina histórica fue adquiriendo una “madurez” intelectual, la cual se ve reflejada en los periodos de emergencia y de “crisis” de la misma, con el objetivo de permanecer vigente como esa ciencia del pasado que reconstruye realidades pretéritas desde un determinado presente. Eso sí, haciéndolo con métodos, teorías y renovaciones epistemológicas acordes a este proceso reflexivo y experiencial o, porque no, también podría llamarse experimental, ya que se fueron experimentando diversos factores y elementos que dieron como re-

sultado un producto adecuado para la continuación de la construcción del conocimiento histórico, reto que el mismo tiempo le estaba poniendo en su camino.

Puede caer en una obiedad que, actualmente, corrientes historiográficas “nuevas” estén tomando presencia a la par de las que ya hemos estado considerando a lo largo de este trabajo. La historia del medio ambiente, la historia global o, en su defecto, la historia comparada (Aurell y Burke, 2013, p. 337) han sido las que, hasta el momento, han levantado la mano y se han encargado de irse posicionando en las nuevas maneras de hacer historia.

Pero, valdría la pena preguntarse ¿En el 2022, la disciplina histórica en qué plano teórico, epistemológico o contextual se encuentra? Es decir, los postulados y las cuestiones que tuvieron una renovación a partir de la década de los años 90 han permeado el ambiente académico e intelectual desde la transición al nuevo siglo y la primera década del siglo XXI. De los años noventa al año 2022 han transcurrido poco más de 30 años, en donde el contexto económico, político, social, cultural, religioso, intelectual, etcétera; han cambiado de una manera considerable la manera de percibir el mundo que nos está rodeando y, sobre todo, ha cambiado radicalmente, desde nuestro punto de vista, la forma en que la sociedad desea conocer y apropiarse de su pasado.

¿Es necesario que ocurra una nueva “crisis” en la historia y/o en las ciencias sociales para que la disciplina histórica sepa cuáles son los escenarios a los cuales se está enfrentando? ¿Es necesario que vuelvan a derrumbarse y superarse cuestiones teleológicas que probablemente, pudieron haber surgido en el transcurso de este cambio y renovación en la mane-

ra de hacer historia? ¿Es necesario voltear a ver un desmoronamiento en alguna “escuela” o lugar académico que pudiese haber emergido después de la desaparición del historicismo o la Escuela de los Annales?

Parece ser que el 2022 ha estado generando nuevas condiciones de posibilidad que deben hacer pensar y reflexionar al historiador, y a la misma disciplina, en la manera en cómo en los últimos años se ha estado desarrollando la escritura de la historia. Por citar un ejemplo, la cuestión pandémica que nos embarga desde hace meses ha revivido el interés por los temas epidémicos y vuelven, en su defecto, las historias relacionadas con la salud pública, el caso de la protección y defensa en contra de las epidemias, las reacciones sociales ante dichas problemáticas, la historia de las enfermedades, etcétera.

Pero, a lo que se quiere llegar es, precisamente, a invitar a la constante reflexión sobre el lugar que la Historia ocupa hoy en día y cómo se está llevando a cabo la construcción del discurso histórico porque, como ya lo mencionaba François Dosse:

La pérdida de un buen número de certezas, el carácter cada vez menos estructurante de los paradigmas utilizados hasta allí como esquemas de lectura del pasado, así como la renuncia a ambiciones hegemónicas desmesuradas, han modificado el paisaje historiográfico (Dosse, 2012, p. 47).

Pero, en el 2022 ¿Qué es lo que está ocurriendo con el lugar de la Historia y con el trabajo del historiador en la construcción del discurso histórico? ¿Estamos entrando en una nueva “crisis” de la Historia?

Estas y más preguntas deberían ser constantes referentes de reflexión para poder legitimar el lugar que la Historia tiene como ciencia y dignificar el discurso y la investigación histórica como formas fundamentales de traer al presente aquellas realidades olvidadas del pasado. No dejemos que crisis o cambios de paradigmas nos indiquen qué es lo que se está haciendo mal dentro de la disciplina, sino que, ahora sí “desde dentro”, se puedan conocer aquellas debilidades teóricas, metodológicas, epistemológicas y contextuales que pueden llevar a un estancamiento de la construcción de discurso histórico.

Propongamos, mejor, nuevas corrientes historiográficas que sean pensadas y reflexionadas a partir del constante trabajo de revisión del propio oficio del historiador para el mejoramiento y conocimiento de la disciplina histórica. Con ello, podría apostarse a dignificar el lugar social e intelectual que tanto trabajo le ha costado a la Historia ganarse y, sobre todo, poder apostar por incluir en esas nuevas corrientes historiográficas la vida de actores, fenómenos y situaciones que piden desesperadamente ser escuchados y comprendidos a través de la explicación histórica.

Bibliografía

- Arfuch, L. (2018). *La vida narrada. Memoria, subjetividad y política*. Córdoba, Argentina: Eduvim .
- Aurell, J., Burke, P. (2013). Las tendencias recientes: del giro lingüístico a las historias alternativas. En: Jaume Aurell (et.al.) *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*. Barcelona: Akal Editores.
- Cannadine, D. (2002). *¿Qué es la historia ahora?*. Granada: Editorial Universidad de Granada.
- Chartier, R. (1992). *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Madrid: Gedisa Editorial.
- Dosse, F. (2012). *El giro reflexivo de la historia. Recorridos epistemológicos y atención a las singularidades*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Finis Terrae.
- Hufton, O. (2002) ¿Qué es la Historia Religiosa ahora? En: David Cannadine *¿Qué es la historia ahora?* Granada: Editorial Universidad de Granada.
- Koselleck, R. (1998). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- Pedersen, S. (2002) ¿Qué es la Historia Política ahora? En: David Cannadine *¿Qué es la historia ahora?* Granada: Editorial Universidad de Granada.
- Rubin, M. (2002). ¿Qué es la Historia Cultural ahora? En: David Cannadine *¿Qué es la historia ahora?*. Granada: Editorial Universidad de Granada.
- Zermeño Padilla, G. (2014). *¿Cómo reescribir la historia de la historiografía? Prolegómenos para una historia de la verdad en la historia*. México: El Colegio de México A.C., Centro de Estudios Históricos.

